39/26
PO

R
116117

A-2028

COMEDIAS ESCOGIDAS

DE

D. ANTONIO DE SOLÍS

Y RIVADENEIRA.

TOMO ÚNICO.

CON LICENCIA.

Madrid, Imprenta de ORTEGA *Y* COMPAÑÍA.

1828.

UN BOBO
HACE CIENTO.

PERSONAS.

Don Luis, galan.
Martin, gracioso.
Juancho, criado.
Don Diego, galan.
Doña Ana, su hermana.
Juana, graciosa.
Don Cosme Mendieta.
Doña Isabel, su hermana.
Inés, criada.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACION DE CAMPO.

Don Luis y Martin.

Don Luis.

Juanilla estaba con ella,
si el manto no me engañó.

Martin.

¿Juanilla? ¿Te burlas?

Don Luis.

No:
antes creí conocella
por tí, y deseaba verte
para animar mi esperanza.

Martin.

Como siempre hablas de chanza,
no sé cuando he de creerte.
Nadie en el mundo sirvió
con tal pension: yo me llamo
el gracioso, y sirvo á un amo
que es mas gracioso que yo.
Cuando pienso que has de darme
por una gracia un vestido,
muy falso y muy resabido
con otra sueles pagarme.
Y es temeraria desgracia,
que me aburre y me fatiga,
que á todas horas se diga,
y nunca se haga la gracia.

Don Luis.

Digo otra vez, que venia
Juana con esta beldad,
que dejó en mi libertad
señas de su tiranía;
y como tú la has hablado,
juzgué por ella saber
quien es tan bella muger.

Martin.

Fué unos dias mi cuidado
Juana; pero ya mudó
casa, y no he sabido yo
donde está, ni si ha mudado
con el barrio el galanteo;
mas si á esta infanta encantada
sirve ya, en una empanada
tenemos nuestro deseo.

Don Luis.

Que saliese á San Joaquin
á esta hora me avisó:
pero no descubro yo
señas de mi dicha.

Martin.

En fin,
¿ha de haber paciencia acá
dentro de mi oido, viendo
que siempre me estás diciendo,
que de amor no se te dá
un bledo, y entre esta austéra
condicion y este desgarro,
te dejas coger del carro
de Venus como cualquiera?
¿Qué gloria en fingir recibes
de tí acciones tan distintas?
ó vive como te pintas,

ó pintate como vives.

Don Luis.

Mira, Martin, yo no puedo
decir que no se ha de amar;
porque fuera limitar
á la hermosura de nuevo:
solo de aquellos me rio,
que sin saber como quieren,
imaginando se mueren
á un vaiven de su alvedrío;
y ayudando su pasion
con afectada flaqueza,
las faltas de su cabeza
echan á su corazon.
Esto suelo yo decir,
no que un hombre no ha de amar,
que tambien yo sé adorar
con mi poco de sentir;
y entre juegos frenesíes
me hallo tal vez en el pecho,
sin saber quien los ha hecho,
unos pocos de *ay de mies.*
Mas no por eso diré,
que esto es amor ni fineza,
hasta que entre la firmeza
al examen de la fe.

Martin.

Otros entre los placeres
de amor, de que libre estás,
quieren por no perder mas;
mas tú quieres porque quieres.

Don Luis.

Eso es lo seguro.

Martin.

¿Y di,

ya que falté de tu lado
en ese lance pasado,
¿ piensas decirmele ?

Don Luis.

Sí.

Martin.

Ya yo deseo saber
de cuyo pan come Juana.

Don Luis.

Y yo tambien tengo gana
de hablar en esta muger.

Martin.

Pues vaya de relacion.

Don Luis.

Bien raro el suceso ha sido.

Martin

Pregunta luego á mi oido
si es mas que la prevencion.

Don Luis.

Oye, y sabrás todo el lance.

Martin.

A buen seguro que atienda.

Don Luis.

Salí...

Martin.

¿Quieres que lo entienda ?

Don Luis.

Sí.

Martin.

Pues dimelo en romance.

Don Luis.

Salí, pues, como te digo
al Parque, bien descuidado,
un dia que me dejó
la pereza de su mano;

y apenas del sitio umbroso
penetré el florido espacio
donde, á pesar de sus luces,
el sol resplandece avaro,
porque los árboles verdes
solo dispensan los rayos,
que sin estorvar lo ameno,
pueden servir á lo vario;
cuando me robó la vista
turba de ninfas, que el campo
florecian con sus huellas;
pero en lo vulgar he dado,
que si esto de florecer
se hace en virtud del contacto,
mas que alabanza del pie,
fué lisonja del zapato.
Entre esta, pues, cópia bella
de hermosura, ví un milagro
de la perfeccion, en cuya
monarquía ha fabricado
el amor un nuevo imperio,
donde, á pesar del estrago,
siendo el poder mas violento,
parece menos tirano.
Yo te confieso, que al verla
todo mi desembarazo,
si no se rindió á los golpes,
se adormeció á los halagos:
¿qué mucho, si de esta suerte
la halló mi vista en el campo?
Sin órden el cabello discurria,
Con que dos veces vano quedó el viento;
Sus ojos abreviando el lucimiento,
Dilataban los términos del dia.
Breve concha las perlas concebia,

Engendradas del astro de su aliento;
En su nevado cuello el movimiento,
Del mármol solamente desmentía.
Y en fin, toda era tal, que entre violencias
Del imperio en el alma resistidos,
Hallé en los ojos muchas obediencias.
Yo no sé si se dieron por vencidos;
Solo sé, que robadas las potencias,
Quedaron disculpados los sentidos.
Llegué á hablarla, y en mi vida
me acuerdo de haber hallado
tal donaire de muger,
ni gusto tan cortesano;
porque las burlas y veras
mezclaba con primor tanto,
que mesuráran sus veras
á un bobo alegre de cascos,
é hicieran reir sus burlas
á uno que empieza á ser santo.
Seguíla pues, y se opuso
á mi intento y á mis pasos,
prometiéndome que allí
la veria mas despacio.
Fuése, y quedé, no rendido,
pero al ménos escuchando
lisonjas de la memoria,
mas dócil que nunca ha estado;
que ni esto me quitó el sueño,
ni me trajo cabizbajo,
ni con las demas facciones
de amante de los de antaño.
Allí la hallé otros dos dias
su hermosura ponderando,
sin saber nunca quien era,
ni ser posible apurarlo;

porque siempre me decia,
que la perdia en llegando
á saberlo, y que mi dicha
estaba en solo ignorarlo.
Pero ayer, Martin, que fué
de mi amor el dia cuarto
(que tanto en un pecho noble
dura un amor obstinado)
faltó del puesto. Yo anduve
entre confuso y turbado
todo el dia, hasta que ya
al anochecer, buscando
á don Diego, con intento
de decirle mi cuidado,
de la casa mas vecina
á la suya me llamaron
por una reja; llegué
gustoso á ella, juzgando
que era esta dama, y hallé,
que la que me habia llamado
fue doña Isabel, aquella
que ha dado en quererme tanto,
sin merecérselo yo,
mas que con no desearlo;
que desde el barrio de Atocha
se ha mudado á un cuarto bajo
de aquella casa. Quejóse
de mi proceder ingrato,
con los comunes despechos,
de *¿quién creyera este pago?*
Si yo fuera..... ¿Esto merece?....
Hombre en efecto, no en vano.....
y los demas sonsonetes
con que dicen su trabajo
las que andan en la paciencia,

y sobran en el cuidado.
Pidióme, en fin, muchos zelos,
de que yo acudiese tanto
á la casa de don Diego,
dándome á entender (¡qué raro
disparate!) que yo entraba
allí con tanto cuidado
por su hermana, siendo así,
que ni la he visto ni hablado
en mi vida. Procuré
satisfacerla, y estando
en la empresa de apurar,
y de convencer su engaño,
una dama, que tapada
pasaba, no sé si acaso,
tirándome de la capa,
con gentil desembarazo
me desvió de la reja,
y me dijo con recato,
que era la dama del Parque,
que yo deseaba tanto.
¿No has visto la hermosa flor,
que obedece al mayor Astro,
con cuánta atencion se mueve
al arbitrio de sus rayos?
Pues así yo de otro sol
mas atractivo robado,
sin eleccion fuí siguiendo
sus luces, tan voluntario,
que parece que formaba
su movimiento mis pasos.
Habia ya anochecido,
y ella se paró, en doblando
la primera esquina, en donde
me pidió de mejor garbo,

que la pasada, unos zelos,
que á otra cosa me sonaron,
ó es que yo les hice el tono
con la gana de escucharlos.
Satisfice, en fin, su enojo
como supe, y barajando
con la traza mi discurso,
me ofreció, que hoy á las cuatro
me veria en este sitio;
cuando hácia mí se llegaron
dos embozados, haciendo
en la dama tal reparo,
que me obligó á preguntarles,
qué querian; y ellos dando
con su acero la respuesta,
pronto y prevenido hallaron
el mio: cerré con ellos,
y á los primeros reparos
llegó gente á la pendencia,
con que los dos se apartaron,
por no darse á conocer,
y yo me hallé en breve rato
solo en la calle. Este fué,
Martin, el suceso raro
que te prometi; de suerte,
que en un instante me hallo
con una dama encubierta,
que triunfa de mi cuidado;
con otra que me embaraza,
y da en seguirme los pasos;
con dos valientes, que intentan
conocerme acuchillando;
y conmigo, en fin, que tengo
tan cabal mi desenfado,
que si la dama querida

al sitio donde la aguardo
saliere, estaré contento,
y si no, estaré pagado.
Si la aborrecida diere
en perseguirme los pasos,
me reiré de ella, y si airada
me dejáre, haré otro tanto;
si los valientes volvieren,
dejaré apurar el caso,
y si no, del mismo modo
pasaré sin apurarlo;
que en esta vida, Martin,
no hay cosa de mas enfado
que morirse, y yo no pienso
hacer mas pocos mis años,
añadiéndole á la muerte
el afan de mi cuidado.

Martin.

Bien raro ha sido el suceso,
mas yo he de podrirme un rato.

Don Luis.

¿Tú podrirte?

Martin.

Yo podrirme.

Don Luis.

¿De qué?

Martin.

De escuchar tan raros
dictámenes, que el oido
es discreto en tales casos,
y para podrirse tiene
el oido su gusano.
Ven acá, ¿doña Isabel
no te quiere mucho?

Don Luis.

Es llano.

Martin.

¿No la debes mil finezas?

Don Luis.

Ni las niego ni las pago.

Martin.

¿No es muy hermosa?

Don Luis.

Así, así.

Martin.

¿No tiene tres mil ducados
de renta, por hermosura,
afeyte, que basta ogaño
á que tenga buena tez
la misma piel de los diablos?

Don Luis.

Digo que todo eso sea.

Martin.

¿Pues por qué estás despreciando
muger de estas conveniencias,
y andas hecho un mentecato
por otra que viste ayer?

Don Luis.

¿Qué he de hacer si se ha empeñado
con doña Isabel mi amigo
don Diego?

Martin.

No es eso malo:
¿pues tú no eres antes?

Don Luis.

Si;
pero él se empeñó, ignorando
mi galanteo, y despues
de mí su amor ha fiado;

y como yo estaba yá
con deseo de dejarlo,
no le repliqué al oirlo:
demas, que por el hermano
de doña Isabel, no fuera
su galan, por todo cuanto
fingir supiera el deseo.

Martin.

Yo confieso, que es estraño
majadero el tal don Cosme,
y que es recien trasplantado
Vizcaino; hombre en efecto
de los del duelo en la mano,
y la razon en el pie;
muy señor de un mayorazgo,
y que trae lo presumido
junto á lo desconfiado.

Don Luis.

Pues mira tú si era bueno,
que siendo ese hombre tan raro,
tan ridículo y tan necio,
de doña Isabel hermano,
me casára yo con ella.

Martin.

Si, que por el mismo caso,
que no es bueno para amigo,
es bueno para cuñado.

Don Luis.

Aguárdate, que parece
que hácia acá viene guiando
don Diego con dos mugeres.

Martin.

¿Si es la dama del encanto
del Parque, que anda en tu busca?

Don Luis.

Yo la dije, que hácia el campo
de san Joaquin me hallaría;
sin duda es lo que has pensado.

ESCENA II.

Dichos, doña Isabel é Inés tapadas, y don Diego.

Don Diego.

¿Don Luis?

Don Luis.

¿Don Diego?

Don Diego.

Escuchadme: (1)
estas damas.....

Don Luis.

Hablad paso.

Inés.

¿Hay cosa como llegar,
muy confiada en tu manto,
á preguntar á don Diego
por don Luis, siendo el cuitado
tu amante, y venir él mismo
á entregarte á su contrario?

Doña Isabel.

Porque no me conociese,
la voz he disimulado,
preguntando por don Luis;
que estoy, Inés, deseando
saber quién fue aquella dama,
que con tal desembarazo
le desvió de mi reja
anoche.

(1) *Hablan aparte.*

Don Diego.

A mí se llegaron
preguntándome por vos,
y yo aquí las he guiado.

Don Luis.

Aquesta dama que os dije
del Parque es sin duda.

Don Diego.

¿Aguardo
á que hableis con ella?

Don Luis.

Si.

Don Diego.

Pues aquí estoy retirado.
¡Por cuánto hiciera conmigo
doña Isabel otro tanto! *Retírase.*

Martin.

Por si es Juana la sirvienta,
quiero llegar por un lado. *Llega.*

Don Luis.

Hermosísima deidad, *Llega.*
por quien hoy en estos campos
no hay garzon que no suspire,
y que no suspire en vano.

Doña Isabel.

No me ha conocido. *ap.*

Don Luis.

Ya
desconfiaba el cuidado
de esta dicha; desviad
el negro cendal del manto,
que como se vé tan rico,
sabe guardar como avaro.

Martin.

¿Señora Juana?

Inés.

¿Yo Juana?
Que soy otra ha imaginado *ap.*
sin duda; no es malo esto:
yo he de intentar apurarlo.

Don Luis.

Desde el dia que en el Parque
os vi.....

Doña Isabel.

¿En el Parque? ¡Hay agravio *ap.*
mas urgente! El con otra
imagina que está hablando.

Don Luis.

Rendíla mi libertad.

Doña Isabel.

Yo me descubro; veamos *ap.*
qué disculpa habrá que pueda
dar. (1)

Inés.

Señora, tu hermano.....

Doña Isabel.

¿Qué dices?

Inés.

Que viene aquí.

Doña Isabel.

Sígueme sin mirar.

Inés.

Vamos,
que si él vé que es necedad
el seguir, no ha de dejarnos.

Don Luis.

¿Dónde vais?

---

(1) *Va á desatapárse, y llega Inés.*

Doña Isabel.

Di que se quede.

Don Luis.

¿No me respondeis?

Inés.

Quedaos,
don Luis, porque importa mucho
que aquí..... Mas ya va llegando. *ap.*
A Dios, á Dios. *vanse.*

Don Luis.

Bien se ha hecho.

Martin.

No nos han dejado malos.

Don Luis.

¿Don Diego, que será esto?

Don Diego.

No lo sé; por allí abajo
viene don Cosme, y sin duda
es de quien se recataron.

Don Luis.

Yo he de apurar todo el lance;
divertídmele entretanto
que voy tras ella.

Don Diego.

Aguardad:
¿no veis que los dos no estamos
corrientes, porque á su hermana
doña Isabel he tratado
de servir, y él es zeloso
al paso que mentecato?

Don Luis.

Pues vamos ambos.

Don Diego.

Si haré.

Dentro don Cosme.

Una palabra: aguardaos
un poco.

Don Luis.

Esto me faltaba. *ap.*

Martin.

A mirarlas se ha parado.

Don Luis.

Don Diego amigo, no sé
si me atreva à suplicaros,
que procureis detenerla;
y que pues está en el paso
vuestra casa, y es el vuestro
un cuarto tan retirado
de la familia, veais
si podeis hacer que un rato
me espere en él.

Don Diego.

Por serviros
lo intentaré, aunque es mi cuarto.

Don Luis.

Ya sé que me haceis fineza
en esto.

Don Diego.

Pues por si acaso
lo consigo, esta es la llave,
que yo si llego á lograrlo,
abriré con la maestra; *dale una llave.*
pero no podré esperaros,
porque cierta ocupacion
precisa me está llamando.

Don Luis.

Bien está: á Dios.

Don Diego.

Volver luego *ap.*

me es preciso, á ver si hallo
razon de hablar á la hermosa
ocasion de mi cuidado;
porque un criado me ha dicho,
que sale esta tarde al campo.

ESCENA III.

Don Luis, don Cosme Mendieta vestido ridiculamente, y Juancho su criado.

Don Cosme.

¿Señor don Luis, qué secretos
son estos que estais hablando
con don Diego?

Don Luis.

¡Hay tal pregunta!
¿qué no pueda yo quitaros
el que seais caballero
de Ciudad?

Don Cosme.

Don Luis, á espacio,
que el Galateo Español
en el capítulo cuarto
dice espresísimamente,
que es grosería hablar paso.

Don Luis.

Oh, pues si es del Galateo,
no lo haré otra vez.

Don Cosme.

Y cuando
don Diego y vos otra vez
hagais ese desacato,
no sabré yo.....

Don Luis.

¿Qué sabreis?

Don Cosme.

¿Cómo qué? sabré mataros.

Don Luis.

¿A los dos?

Don Cosme.

Y otros cincuenta.

Don Luis.

¿Sabeis matar por ensalmo?
¡Hay mas raros desatinos! *ap.*

Don Cosme.

¿Juanchillo, como quedamos?

Juancho.

En paz, que es quedar muy bien.

Don Cosme.

Quedamos bien; soy bizarro:
mas, don Luis, dejemos esto,
y á lo que importa volvamos,
que he tenido una pendencia,
y quiero comunicaros
el lance, para saber
si he quedado ó no he quedado.

Don Luis.

Esto me faltaba ahora. *ap.*

Martin.

No será el cuento muy malo.

Don Cosme.

Yo, don Luis, como digo,
quiero bien, ya lo digo: ¿estais conmigo?

Don Luis.

¡Jesus! ¿quién tal confiesa?

Don Cosme.

Digo, que quiero bien, y no me pesa.

Don Luis.

¿Pues así lo decís?

Don Cosme.

Así lo digo;
que, ¿os espantais?

Don Luis.

Yo, amigo,
no confieso, que estoy enamorado,
sino es cuando confieso mi pecado.
(yo le he de ir empeñando en que me diga *ap.*
quien es su dama) ¿Y es esa enemiga
que decís muy hermosa?

Don Cosme.

Oid, que quiero
pintaros su hermosura por entero.
Es Filis (no es así como se llama,
que finjo por la honra de mi dama:)
es pues una hermosura tan grandiosa,
que parece otra cosa;
quiéreme mucho, vive mal segura;
mirad, don Luis, si es barro su hermosura.

Don Luis.

Lacónico pintais.

Don Cosme.

Bonitamente
sabe pintar un hombre lo que siente;
no mas, don Luis, lisonjas, yo las dejo.

Don Luis.

Es gran beldad.

Don Cosme.

Pues este es un bosquejo.
Esta, pues, me rindió tan ciegamente,
desde que ví sus ojos y su frente,
que me obligó (¡qué amor, qué barbarismo!)
á descubrirla mi pasion yo mismo.

Don Luis.

¿Qué, le digiste vuestro pensamiento?

¡Rara fineza!

Don Cosme.

Estraña, á lo que siento;
mas sabe amor (aunque lo escucha mudo)
que hizo mi resistencia lo que pudo;
y no es aquesta la mayor fineza,
que debe á mi cuidado su belleza.

Don Luis.

¿La hay mayor?

Don Cosme.

¿No es mayor sacar la espada
por ella yo, sin importarme nada?

Don Luis.

¿La espada habeis sacado?

Don Cosme.

Sí, en conciencia.

Don Luis.

Fineza es de las cuatro la pendencia.

Don Cosme.

Mirad, yo que venia,
cuando tocaban al Ave María,
por la calle abajito de esta dama,
que el corazon me inflama;
y ella que de su casa iba saliendo
tapada.... ¿Vais conmigo?

Don Luis.

Bien lo entiendo.

Don Cosme.

Seguila, y al llegar junto á mi casa....
¿No me entendeis? ¿parece que se os pasa?

Don Luis.

En todo estoy.

Don Cosme.

Parado estaba un hombre,
y ella le conocia por el nombre

sin duda; porque asiéndole de un brazo
se le llevó con gran desembarazo
hácia la esquina.

Don Luis.

¿Cielos, qué he escuchado? *ap.*
sin duda este menguado
fué el que riñó conmigo, y la tapada
por esto ahora se apartó turbada
cuando le vió venir. ¡Hay desengaño
mas notable! ¡hay suceso mas estraño!
¿Quién tal creyera de tan bella dama?

Don Cosme.

Pues mirad, yo que ví un como se llama,
tan no sé como, desnudé el acero,
y á fe de caballero,
que yo al dicho le diera
con algo, si por algo no me fuera.

Don Luis.

¿Y á él le conocisteis?

Don Cosme.

No por cierto,
porque riñó cubierto;
mas perdone su ausencia á mi mohina,
el tal era grandísimo gallina.

Don Luis.

Bueno es esto, riñendo dos conmigo. *ap.*
¿Cobarde en fin?

Don Cosme.

Y tan cobarde, amigo,
que es vergüenza contarlo.

Don Luis.

¿Peleaba
con ventaja?

Don Cosme.

Mirad, conmigo estaba

Juancho solo.

Don Luis.

¿Y con él?

Don Cosme.

Solo venia
el otro.

Don Luis.

¿Pues cual fué la cobardía?

Don Cosme.

¿Qué eso pregunte un hombre que es discreto?
ingenios bachilleres en efeto:
veni acá, pues teniendo él á su lado
la dama que me tiene á mí postrado,
¿no fué tener poquísima destreza
el no saber romperme la cabeza?
¡Jesus! si él fuera diestro, vive el cielo,
que me pudo matar como un muñuelo.

Don Luis.

Decís bien. ¿Hay mas raro desatino? *ap.*

Don Cosme.

¿De qué os reis?

Don Luis.

Celebro el peregrino
pensar de vuestro ingenio, y el sainete.

Don Cosme.

¿Parece que os reis con sonsonete,
como quien oye una friolera?
y os pudierais reir de otra manera,
sabiendo que ninguno, ó alto, ó bajo,
se ha reido de mí del Rey abajo;
y mas vos, que sabeis que soy Mendieta,
de los de baronía y línea reta;
pero aquí mejor es irme y dejaros.

Don Luis.

Aguardad, ¿donde vais?

Don Cosme.

A no mataros.

Don Luis.

Ved, que me levantais un testimonio.

Don Cosme.

Yo conozco estas manos de demonio.

ESCENA IV.

Don Luis y Martin.

Martin.

Bueno quedas.

Don Luis.

¿Lo has oido?

Martin.

Mas me huelgo.

Don Luis.

¿Qué, menguado?

Martin.

Que te hallaste buena droga
allá en el Parque.

Don Luis.

Si ha entrado
en el cuarto de don Diego,
allí sabré todo el caso.

Martin.

¿En fin, de este necio es dama?

Don Luis.

Confieso, que me ha pesado.

Martin.

¿Y la chanza?

Don Luis.

¿Luego piensas
que de estas cosas me mato?
no, Martin; obre el deseo,

y estése ocioso el cuidado.

Martin.

Ello dirá.

Don Luis.

Vete tú
por esa parte, cuidando
de si nos sigue este necio;
que yo por esta me aparto,
y daré luego la vuelta.

Martin.

Buen lance habemos echado.

ESCENA V.

SALA EN CASA DE DON DIEGO.

Don Diego, doña Isabel é Inés tapadas haciendo señas.

Don Diego.

Este es mi cuarto, señora.
Yo no ví tales misterios; *ap.*
todo es reponder por señas;
mas no gasté muchos ruegos
para que entrasen. ¿Quereis
que cierre la puerta? Bueno:
yo la cerraré: quedad
con Dios. Hácia el campo vuelvo *ap.*
á ver si es tanta mi dicha,
que á doña Isabel encuentro.
Don Luis tiene allá otra llave
de este cuarto, y vendrá luego.
¡Hay mas rara hazañería!
este parece embeleco
de muger, que se supone
señora; pero él es cuerdo,

y sabrá diferenciar
lo afectado de lo cierto.

ESCENA VI.

Doña Isabel é Inés.

Inés.

Buenas quedamos, señora;
cierto que parece cuento
de comedia: un galan tuyo
te deja en su cuarto mesmo
para hablar á otro galan.

Doña Isabel.

No me acuerdes lo que emprendo,
que yo misma estoy corrida
de verme á mi en este empeño;
¿mas con zelos, quién discurre,
si son locura los zelos?
Deseaba hablar á don Luis,
acerté á ver á don Diego;
llegaste tú á preguntarle
por él; respondió, ofreciendo
guiarnos á donde estaba;
empezó don Luis muy tierno
á hablarme por otra dama;
llegó mi hermano en efecto;
volví huyendo hácia mi cuarto,
que es aquí pared en medio.
Vino don Diego á rogarme,
que le esperase aquí dentro;
y yo no sé si aceptando
por desearlo, ó temiendo,
que entrar me viese en mi casa,
ó que durando en el ruego
me conociese, ó que ciega

de enojo, que es lo mas cierto,
sin acordarme de mí,
obedecí mis afectos.
Yo, en fin, me hallé en la indecencia
ántes que tuviese tiempo
de hacer con la voluntad
su oficio el entendimiento:
mas ya que el yerro conozco,
he de aprovechar el yerro,
rompiendo con don Luis
de una vez, porque don Diego
con diferente fineza
me galantea, y no quiero,
que padezca la opinion,
ya que padezca el afecto.

Inés.

¿Sabes lo que he discurrido?
que si es, como estás creyendo,
dama de don Luis doña Ana,
será raro atrevimiento
el venirse á hablar contigo
en el cuarto de don Diego
tu hermano.

Doña Isabel.

¿Ya no conoces
su osadía y su despejo?
demas, que este cuarto tiene
sin registro, y algo lejos
del de doña Ana, la entrada.

Inés

Aquella puerta que vemos
cerrada, debe de ser
la que manda por de dentro
al cuarto donde reside *Ruido dentro.*
esa deidad. ¿Mas qué esto?

abriéndola están.

Doña Isabel.

¡Ay triste!
no me faltaba otro riesgo.

Inès.

Pues no es posible salir,
que estamos cerradas.

Doña Isabel.

Presto,
cúbrete bien.

Inès.

Mejor es,
que en la alcoba nos entremos,
hasta ver quién es.

Doña Isabel.

Bien dices.
¡Hay mas sobresaltos, cielos! *Escondense.*

ESCENA VII.

Doña Ana y Juana con los mantos por el cuello.

Juana.

Asi Martin me lo dijo.

Doña Ana.

Aunque el manto tenia puesto
para hacer una visita,
lo he de apurar, que no creo
lo que dices, ni es posible.

Juana.

Digo otra vez, que saliendo
al campo, para escusarte
con don Luis de no ir al puesto
que le habias señalado,
encontré á Martin, y luego
que pregunté por su amo,

me dijo (es famoso cuento)
que en el cuarto de tu hermano
discurriendo en unos zelos
le hallaría con mi ama.
Ibame á turbar, creyendo
que te habian conocido,
pero dió en vano mi miedo;
porque antes de pocos lances
descubrí que este embustero
de tu amante viene á verte
en aqueste cuarto mesmo
con dos tapadas, y que
ha pedido para ello
la llave á tu hermano. Andaos
creyendo á los hombres ¡fuego!
todas son afectaciones
las que ellos llaman afectos.

ESCENA VIII.

Dichas, y doña Isabel é Inés al paño.

Doña Isabel.

Doña Ana es.

Inés.

Si ahora entrase
don Luis, la habiamos hecho
buena.

Doña Isabel.

No me pesara,
porque con eso veremos
si la conoce.

Inés.

No sé
yo en lo que están discurriendo.

Doña Ana.

Aunque el salir á este cuarto
es nuevo en mi, y es mas nuevo
en mi condicion el dar
á estos pesares el pecho,
y en mis ojos el hacerse
testigos de atrevimientos
de esta calidad, no ha sido
posible con mi deseo,
que no me arroje á esta accion,
dorándome el desacierto,
como si el ver el agravio
no fuese un castigo necio,
que mortificase al juez
y al culpado á un mismo tiempo.
Don Luis no puede estrañar
el hallarme aquí, sabiendo
que es el cuarto de mi hermano;
y así, Juana, me resuelvo
á aventurar el que sepa
quien soy yo; porque al saberlo
sepa que sé quien es él.
Mas la puerta están abriendo;
déjalos entrar, no mires.

Juana.

Sin duda es él, empecemos
á disimular.

ESCENA IX.

Dichas, don Luis y Martin, que cierra la puerta.

Martin.

Juanilla
dijo con mil juramentos,
que su ama no ha salido.

de casa.

Don Luis.

Yo tambien creo,
que es otra, que si ella fuera...
Mas por Dios, que es ella.

Martin.

Bueno,
y luego dirán que el bobo
escogió mal.

Don Luis.

¡Estoy muerto!

Doña Ana.

Poco se ha turbado al verme:
este, Juana, no es despejo,
sino locura.

Doña Isabel.

Oye, Inés.

Don Luis.

Turbado estoy, mas yo llego. *ap.*
¿Señora?

Doña Ana.

¿Señor don Luis,
pues vos aquí?

Don Luis.

Yo no acierto: *ap.*
¿dónde están mis desahogos?
¿Qué sería, que de veros
me hubiese turbado yo?

Doña Ana.

¿Qué seria? bueno es eso:
sería haber conocido
que sois mortal.

Doña Isabel.

Ya lo veo:
los dos se conocen; cierta

fue mi sospecha: escuchemos.

Don Luis.

Confieso que estoy turbado,
despues que sé que me ha muerto
una deidad, que concede
sus aras á muchos ruegos.

Doña Ana.

¿Eso es necio, ó es turbado?
¿qué decis? que no os entiendo.

Don Luis.

Saber quisiera deciros
un rasgo de lo que siento.

Doña Ana.

Los rasgos, don Luis, no son
letras; mas legible os quiero.

Don Luis.

¿Mas legible? atended pues.

Doña Ana.

Mucho pedís; pero atiendo.

Don Luis.

Yo soy un buen cortesano,
que la vez que llego á amar,
me rindo tan á lo llano,
que siempre puedo alcanzar
mi libertad con la mano.
Por el amor que ha rendido
mi corazon mas violento,
nunca mi pecho encendido
le gastó un átomo al viento
para formar un gemido.
Y es mi dureza tan rara,
que en la mas tierna parola
de un sentimiento no echara
una lágrima tan sola
por un ojo de la cara.

Con eso me hago querer,
y á vos os lo digo así;
porque tal me llego á ver,
que pienso que es menester
desconfiaros de mí.
Yo os ví, y el amor sangriento,
flechando allí mi quietud,
dejó al corazon violento
fuerza para la inquietud,
y no para el movimiento.
Y hoy por solo unas sospechas
me trae con tal desazon,
que debe de tener hechas
sus alas mi corazon
de las plumas de sus flechas.
Esto en mis acciones veo,
esto dice amor, señora,
sin que lo sepa el deseo;
vos no lo creais ahora,
que yo tampoco lo creo.
Ocultaros no he podido
estos mis ciegos desvelos,
y así vengo algo encogido
á pediros unos zelos,
sin haberlos merecido.
Don Cosme en vuestro favor
halla dulces acogidas,
y no me espanto en rigor;
porque tal vez sus heridas
con simples cura el amor.
Yo no me enojo mas que esto,
aunque haya mas ocasion;
sí es verdad, estoy dispuesto
á romper esta prision
con mucha flema, y muy presto.

Decidme, pues, si es asi,
antes con antes, porque
despues, señora, que os ví,
me tirais mucho, y no sé,
qué tanto he de dar de mí.

Doña Ana.

¿Cuando yo estoy estrañando
veros aquí, y el intento
con que habeis venido, ahora
salís con pedirme zelos?

Juana.

No entiendo este desahogo:
¿cómo no le asusta el riesgo
de que vengan sus tapadas?

Doña Isabel.

El juicio estoy perdiendo:
¡hay mas claro desengaño!
Ya me falta el sufrimiento.
¡Jesus!

Martin.

Vive Dios, que yo *ap.*
me estoy aquí deshaciendo
de que Juana no ha llegado
á hablarme.

Juana.

Martin se ha hecho *ap.*
de pencas, y yo le azoto
con ellas á lo que entiendo.

Martin.

Ello ha de quebrar por mí. *ap.*
¡Ah mi reyna! *Llega.*

Juana.

Nombre tengo.

Martin.

No acostumbro á decir nombres,

cuando quiero decir verbos.

Juana.

diga pues lo que me quiere.

Martin.

Entrémonos aquí dentro,
y dejemos discretar
á nuestros amos.

Juana.

Entremos. (1)

Doña Ana.

¿Mas quién es? ¿qué ha sucedido?

Juana.

Haber llegado primero
que nosotras estas damas. (2)

Doña Isabel.

Ya me han visto, y ya no puedo
escusar el lance, Inés.

Inés.

Ahora verás si es cierto.

Doña Isabel.

Abrid, don Luis, esa puerta. (3)

Don Luis.

¿Pues cómo? ¿quién es?

Doña Isabel.

Yo pienso,
que os hago en no descubrirme
lisonja (¡rabio de zelos!) *ap.*
y pudierais escusar
el traerme á estos empeños.

---

(1) *Van á entrar donde están Inés y doña Isabel, y se detienen.*

(2) *Salen doña Isabel é Inés tapadas.*

(3) *Hacen que se van, y admirase don Luis.*

Doña Ana.

Juana, ellas son.

Juana.

¿No lo vés?

Doña Ana.

Cuanto me dijiste es cierto.

Don Luis.

¿Yo os he traido? aguardad:
¿yo á vos?

Doña Ana.

¡Pobre caballero!
¿Pues esto tenias guardado?

Don Luis.

Señora, viven los cielos,
que es engaño.

Doña Isabel.

Acabad pues
de abrir la puerta.

Don Luis.

Antes quiero
saber quien sois, y yo mismo
he de llegar. *Va á descubrirla.*

Doña Isabel.

Deteneos, *Descubrese.*
que yo soy, menos importa
darme á conocer en estos
delitos, que permitiros
que andeis conmigo grosero.

Don Luis.

¿Pues vos, señora?

Martin.

Esta es otra,
y aquella es una.

Don Luis.

No acierto

á discurrir.

Doña Ana.

¡Raro lance!
Pues vos, amiga ¿qué es esto?
¿en mi casa de esta suerte?

Doña Isabel.

Doña Ana, aunque el desacierto
de una ciega..... Mas la puerta
parece que están abriendo.

Don Luis.

Don Diego debe de ser.

Doña Ana.

¿Mi hermano? ¡Válgame el cielo!

Don Luis.

¿Pues don Diego es vuestro hermano?

Doña Ana.

¿Ahora salís con eso?

ESCENA X.

Dichos y don Cosme.

Don Diego.

No pude hallar en el campo
á doña Isabel, y vuelvo
por si para sus tapadas
quiere don Luis..... ¡Mas qué veo! (1)
¿mi hermana y doña Isabel
aquí con don Luis? no entiendo
lo que puede ser.

Dentro don Cosme.

¿Está
en casa el señor don Diego?

Martin.

Esta es otra mas.

---

(1) *Se suspende.*

Doña Isabel.

¡Ay triste!
mi hermano. (1)

ESCENA XI.

Dichos, y don Cosme al paño.

Don Cosme.

¿Pero que es esto?
¿don Diego y don Luis aquí?
¿mi hermana y dama con ellos?
¿don Diego y mi hermana? malo:
¿don Luis y mi dama? bueno.

Martin.

Todos se han quedado mudos.

Don Diego.

Confuso estoy y suspenso:
¿pues don Luis, que es esto? ¿adonde
la dama está, que aquí dentro
vinisteis á hablar, y cómo
tan diferentes sugetos
hallo con vos?

Don Luis.

Yo no sé *ap.*
que responder.

Don Cosme. *sale.*

El saberlo
á mí me toca tambien
de parte de hermana.

Doña Ana

¡Hay riesgo *ap.*
mayor! mas pues todos callan,

---

(1) *Hablan aparte don Luis y doña Ana, y don Diego con doña Isabel.*

aquí de todo mi ingenio.
Por los cabos he cogido
el caso: yo lo remedio
de esta suerte. No os admire
el ver á este caballero
turbado, porque lo está
de escuchar mi sentimiento.

Don Diego.

¿Sentimiento vos, doña Ana?
¿pues de qué?

Doña Ana.

La culpa de esto
vos la teneis.

Don Diego.

¿Yo la culpa?

Doña Ana.

Y estoy corrida por cierto,
de que aquí doña Isabel
haya visto estos escesos.

Don Diego.

No te entiendo.

Doña Ana.

Hoy vino á verme,
porque aquí pared en medio
se ha mudado, y entre tanto
que se ordenaba el festejo
de la merienda, quisimos
ver los coches, que saliendo
van al Sol de Leganitos,
porque solo este aposento
rejas á la calle tiene:
y apenas abrí para ello
esta puerta, que á la calle
corresponde, cuando dentro
hallamos unas tapadas,

que corridas se salieron,
sin querer decir quien eran,
por la misma puerta, y luego
abriendo esotra don Luis,
y cerrando por de dentro,
donde sin duda buscaba
sus tapadas, vino á vernos.
De esto me enojé con él,
y ahora me enojo de esto
con vos, que dais vuestra casa
para estos atrevimientos,
teniendo una hermana en ella.
Remediadlo pues, don Diego,
que yo entre tanto á mi cuarto
con doña Isabel me vuelvo.

Martin.

¡Rara salida! á los dos *á Juana.*
hermanos ha satisfecho
nuestra Ana.

Juana.

No quiebra mal
el octavo Mandamiento.

Don Diego.

Digo que estás enojada
con razon. Don Luis, en esto
no hay que hablar, tiene razon.

Don Cosme.

No tiene tal, bueno es eso.

Don Diego.

Vos por disputarlo todo,
lo decís; que aquesto mesmo
sentireis siendo quien sois.

Don Cosme.

Don Diego amigo, no siento;
que en queriendo gobernarnos

en cuantas cosas hacemos,
se hacen madres las hermanas
dentro de muy poco tiempo.
¡Que entendido que soy! nunca
me persuadí, que habia hecho
traicion á mi amor doña Ana.

Doña Ana.

Don Cosme, por acá adentro
con vuestra hermana venid.

Don Cosme.

Estáse por mí muriendo: *ap.*
esta es cosa rematada.

Don Diego.

Don Luis, por acá saldremos
nosotros.

Don Luis.

Don Diego, vamos.
Zeloso voy de este necio. *ap.*

Doña Ana.

¡Que me empeñe yo en llevar *ap.*
conmigo á la que me ha muerto!

Doña Isabel.

¡Que reciba yo agasajos *ap.*
de la causa de mis zelos!

Don Luis.

¡Que haya perdido á las dos *ap.*
por tan estraño suceso!

Don Cosme.

¡Que me quiera á mí doña Ana, *ap.*
y yo, cómo, rio, y duermo!

Doña Ana.

Confieso, que voy sin juicio. *ap.*

Doña Isabel.

Que voy sin alma confieso. *ap.*

Don Luis.

Muriéndome voy de pena. *ap.*

Don Cosme.

Rabiando voy de contento. *ap.*

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE DON COSME.

Don Diego y Martin bajando desde lo alto al tablado.

Don Diego.

Baja.

Martin.

¿No hay mas de bajar?

Don Diego.

¿Ahora tienes temor?

Martin.

Yo no; pero esto, señor,
es convidarme á saltar.

Don Diego.

Habla paso, que estás necio,
y pon donde yo los pies.

Martin.

Lo que tú me dices es,
que hable paso, y caiga recio:
á tí te trae tu aficion
ciego á saltar por aquí;
pero cuitado de mí,
que he de saltar sin pasion.

Don Diego.

Si el miedo á vencerte empieza,
volverte á callar te toca.

Martin.

Eso es cerrarme la boca,
para abrirme la cabeza:

pero ya que hemos pasado
de tu jardin al jardin
de doña Isabel, ¿que fin
lleva en esto tu cuidado?

Don Diego

Despues que aquí se mudó,
de este medio me hace usar
el no hallar otro de entrar
á hablarla.

Martin.

¿Y qué he de hacer yo?

Don Diego.

Ven, y pisa con recato.

Martin.

Yo soy hombre tan discreto,
que sabrá guardar secreto
la suela de mi zapato.

Don Diego.

Don Cosme quedaba ahora
entretenido en la casa
del juego (el alma se abrasa,
y los remedios ignora)
é Isabel anda remisa
en admitir mi aficion;
yo tengo poca ocasion,
y el trato no obra de prisa.
Este necio de su hermano
deja la casa cerrada
de noche, y tan pertrechada,
que hablarla es intento vano:
y así, como se ha venido
á vivir pared en medio
de mi casa, este remedio
mi cuidado ha prevenido;
y ciegamente saltando

las tapias que nos dividen,
y los estorbos que impiden,
mi deseo otropellando,
á hablarla resuelto vengo;
bien que la tengo enojada,
por no tenerla avisada,
mas ya en vano lo prevengo.
Para esto á don Luis busqué,
no le hallé en casa; y así,
en este intento, de tí
mi pecho, Martin, fié,
pidiéndote que vinieses
conmigo; pues lo tendrá
por bien tu amo.

Martin.

Y te dará
muchas gracias, si le hicieses
merced de acabar conmigo.
¿Y he de entrar allá tras tí?

Don Diego.

No, Martin, quédate aquí.

Martin.

Soy criado de tu amigo:
en lo que me has encargado
descuída, y dejame obrar.

Don Diego.

Bien sé, que puedo fiar
mucho mas de tu cuidado.
En esta primera pieza,
que al zaguan y al cuarto mira;
me espera.

Martin.

Yo estoy sin ira,
y el miedo á irritarme empieza.

Don Diego.

Amor, haya dicha alguna
cierta, ó cabal en tus glorias,
y no siempre tus victorias
den triunfos á la fortuna.

ESCENA II.

Martin.

Ahora mis desconsuelos
salgan en estos retiros,
y repasando mis zelos,
entonen ya mis suspiros
el ay, ay, ay á los cielos.
Don Cosme ceceó á Juana
denantes, y ella al reclamo
respondió; ¿mas si se humana
con este necio, y mi amo
echa la culpa á doña Ana?
Para ser recado, era
muy cerca aquel razonar;
y cuando recado fuera,
no hay quien no sepa templar
sus falsas con la tercera.
Pero pasos he sentido,
si el miedo no los imita;
retírome á ver que ha sido:
un soliloquio me quita,
como del altar, el ruido. *Retirase.*

ESCENA III.

Martin al paño, don Cosme con una escala en la mano, y Juancho.

Don Cosme.

Desde la casa del juego
me he venido paso á paso
á mi casa, y es el caso,
ya me entiendes, que estoy ciego.
Toma aquesta escala, y ve *Dasela.*
á la casa de doña Ana,
que ya tengo hablada á Juana,
y hará lo que yo me sé.
Ofrécela treinta minas,
y dí que la ponga luego;
que ya yo sé que don Diego
se acuesta con las gallinas.

Martin.

Don Cosme es sin duda (¡ay Dios!)
y hablando con Juancho está:
si ha visto á don Diego ya,
buena la hicimos los dos.

Don Cosme.

Llévala pues.

Juancho.

Yo voy.

Don Cosme.

Tente,
y escucha un poco.

Juancho.

Ya escucho.

Don Cosme.

Lo que la has de encargar mucho
es que la ate fuertemente;
que aunque al mirar su belleza

á doña Ana el alma dí,
no quiero que sea mi
quebradero de cabeza.

Juancho.

¿Y el atarla esa mozuela,
que apadrina tu aficion,
ha de ser en el balcon,
que cae á la callejuela?

Don Cosme.

¿Cómo qué? Por Dios, que trae
lindas maulas: majadero,
¿no os he dicho, que no quiero
que sea en el balcon que cae?
Pero descuidaos, por vida
vuestra, que vos subireis
delante de mí, y me hareis
la salva de la caída. *Vase Juancho.*
Ahora bien, á mi aposento
un rato me quiero entrar,
y á mis solas ensayar
un bello razonamiento,
para decir lindamente
á doña Ana mi sentir;
porque el hablar y el morir
no quiere ser de repente.

ESCENA IV.

Martin.

Uno hácia el cuarto se entró,
y otro hácia el zaguan se fue,
que con la luna se vé:
pero él vuelve: ¿si me vió?

ESCENA V.

Don Cosme y Martin.

Don Cosme.

Juancho, aguarda, espera, tente.

Martin.

Yo callo. *ap.*

Don Cosme.

Qué bueno ha sido,
Juancho, que no te hayas ido.
Porque haga mas facilmente
Juana lo que la he pedido,
llévala estos diez doblones:
esto es en las ocasiones *Dale un bolsillo.*
saber ser uno advertido.

ESCENA VI.

Martin.

¿Porque haga mas facilmente
Juana lo que la he pedido,
llévala estos diez doblones?
¡Ay amor! buena la hicimos:
mira si para un agravio
son menester mas indicios.
¿A Juana con Cosme? ¿A Juana
sus doblones, y conmigo?
¿yo el precio vil de mi afrenta?
¿Yo sin honra, y con bolsillo?
Vive Dios, que los echára
mas altos que treinta gritos,
sino fuera por las cruces,
y laz armas de Carlillos.
Pero otra vez siento pasos.

que se acercan; no ha podido
cuajarse un soliloquio,
por mas que lo solicito.

ESCENA VII.

Martin, doña Isabel é Inés asustadas y don Diego con ellas.

Doña Isabel.

¿Dónde queda?

Inés.

Hácia tu cuarto
se entró.

Doña Isabel.

¿Si nos ha sentido?

Inés.

Píenso que si, porque entraba
con pasos muy desmedidos.

Doña Isabel.

¡Terrible susto! Don Diego,
nunca acrediteis lo fino
con lo arrojado, idos presto,
que de tal suerte he sentido
este atrevimiento vuestro,
que á ser hombre de otro estilo
mi hermano, de él me valiera
contra vuestros desvaríos:
idos pues.

Don Diego.

Bella Isabel....

Doña Isabel.

Reparad en mi peligro.

Don Diego.

¿Cómo reparando en él
puedo dejar de asistiros?

Doña Isabel.

Porque el peligro es que os halle
aquí mi hermano conmigo.

Don Diego.

Pues ya que...

Doña Isabel.

No he de escucharos.

Don Diego.

Obediente....

Doña Isabel.

No he de oiros.

Don Diego.

Pues sepa yo que no voy
en desgracia vuestra.

Doña Isabel.

Digo,
que todo lo que quisiereis.

Don Diego.

Dichoso infeliz he sido.
¿Martin?

Martin.

Aquí estoy: ¿nos vamos?

Don Diego.

Sígueme

Martin.

¿No es mejor irnos
por la puerta de la calle,
que ahora salió Juanchillo,
y se la ha dejado abierta?

Don Diego.

Bien dices: vente conmigo
hácia tu casa, que quiero
ver á tus amos.

Martin.

Prestico

que un hermano bobo monta
mas que un bellaco marido.

ESCENA VIII.

Doña Isabel é Inés.

Doña Isabel.

¿Fuéronse ya?

Inés.

Ya se fueron.

Doña Isabel.

¡Muerta estoy!

Inés.

Si nos ha visto,
es un Neron, y no doy
por nuestras vidas un higo.

Doña Isabel.

Inés, volvamos adentro
antes que..... ¡Pero qué miro!
mi hermano vuelve, la espada
desnuda, el color perdido,
y los pasos descompuestos.

Inés

Yo doy la vida, y no miro:
con una luz en la mano,
y vibrando el vengativo
acero, hácia acá se acerca.

Dentro don Cosme.

¿Donde vas hombre atrevido?
mira que te mato.

Doña Inés.

Ya
evidencias, y no indicios,
me asustan: Inés, ¿qué haremos?

Inés.

Fuerza ha de ser el salirnos
al zaguan, pues no podemos
volver adentro: aturdido
tengo todo el corazon.

Doña Isabel.

Nada acierto, nada elijo;
mas ya llega, ven aprisa.

Inés.

¡Muerta estoy!

Doña Isabel.

Voy sin sentido.

ESCENA IX.

Don Cosme con una luz en la mano, y la espada desnuda.

Despues de haber ensayado
un razonamiento altivo,
con que decirle á doña Ana,
que quiero ser su marido;
por otra tal, he tomado,
y con la espada he venido
ensayando una pendencia,
por si acaso me acuchillo;
y llevado del afecto,
dí á mi contrario dos gritos;
porque yo siempre acostumbro
hablar recio cuando riño.
Pesaráme, que mi hermana
se haya asustado de oírlo;
mas ya dormirá, que es suya,
y no yo por quien se dijo:
¿cómo amorosos cuidados
consienten ojos dormidos?

Vuelva el acero á la vayna,
y bien sabe el acerillo,
que es esta la vez primera,
que vuelve á la vayna limpio.

Dentro Juancho.

Váyanse á pasear las muy,
y no digo mas.

Don Cosme.

Juanchillo,
¿ qué es eso ?

ESCENA X.

Don Cosme y Juancho.

Juancho.

Que en el zaguan
se nos habian metido
dos mugeres.

Don Cosme.

¿ De qué porte ?

Juancho.

De seda eran los vestidos;
pero serian de porte
medio real.

Don Cosme.

¡ Qué Vizcaino
te estás ! serian quejosas,
que me rondan por esquivo:
¿ y fuéronse ?

Juancho.

Como vieron
que tú salias al ruido,
apretaron á correr,
y yo cerré.

Don Cosme.

No me admiro;
soy de codiciar, y hay muchas,
que honrarse quieren conmigo,
y con la sangre Mendieta,
que me dejó el padre mio
en su testamento.....: ¿Y bien,
hablaste á Juana? ¿qué ha dicho
de la escala?

Juancho.

Que estaria
puesta, y todo prevenido.

Don Cosme.

Lo que hacen unos doblones.
Este es muy fiel vizcaino; *ap.*
no sisaria: Jesus,
jurára por él á Cristo.
¿Y es Juana moza de fuerza?

Juancho.

Moza de fuerza y de brio.

Don Cosme.

Cómo ella ha de atar la escala;
dígolo, porque lo digo.

Juancho.

Descuida.

Don Cosme.

Los de mi casa
siempre hemos sido enemigos
de caidas, porque somos
los Mendietas como un vidrio.
Pero vamos á hacer hora
de escalar, que ya le he dicho,
que hasta que yo haga la seña
no la ponga. Ven conmigo,
que quiero dejar cerrada

la puerta, que no me olvido
del cuidado de mi casa;
que tengo en este Castillo
una hermana, y las hermanas
guardarlas como Domingos.

ESCENA XI.

SALA EN CASA DE DON DIEGO.

Doña Ana y Juana con luz.

Doña Ana.

Pon, Juana, esa luz allí,
y ve luego á abrir la puerta
á don Luis.

Juana.

¿Cómo? ¡estoy muerta! *ap.*
¿Don Luis viene á verte?

Doña Ana.

Si;
que mi hermano nunca viene
tan temprano á casa, y yo
estoy tan ciega, que no
teme el alma, ni aun previene
los riesgos. Vile en la calle
desde una reja, intenté
desviarme, y no basté
conmigo á dejar de hablalle.
Díjele en fin, que á esta hora
viniese á verme, y yo estoy
zelosa, lo dije, y doy
la disculpa á quien no ignora
la culpa de mi cuidado;
porque sepas que no admito
réplicas, sé que es delito,

y los ojos he cerrado.

Juana.

¡Si ella supiera, que ahora *ap.*
en el balcon de esta sala
puso poco ha una escala
esta mano pecadora!
No sé como no ha subido
don Cosme: ¿si me engañé,
y de otro la seña fué?
En buen riesgo me he metido.

Doña Ana.

¿No vas?

Juana.

Si señora. Yo *ap.*
no puedo ya remediallo;
voy á obedecer, y callo,
que bien sé decir de no.
Tan bizarramente niego,
que nunca de mí barruntan,
porque niego si preguntan,
y si porfian reniego.

ESCENA XII.

Doña Ana.

Corazon, yo me perdí;
confieso, que estoy mortal,
y voy siguiendo mi mal
con apartarme de mí.
¿Mas que es esto? ¿yo que dí
las flechas de amor al viento,
hoy en mi pecho fomento
el fuego que él encendió?
Miente amor, y miento yo,
si imagino que no miento.

¿Y de un hombre, que á otra quiere,
prendada ya con pasion?
ea, triunfe la razon
de lo que el amor venciere:
persuádase á que adquiere
el pecho el perdido aliento:
¡mas ay! que está muy violento
amor, y yo inadvertida,
con creer que estoy rendida,
perfecciono el rendimiento.
Finjo, y afecto el valor,
pero es salud inconstante;
porque si quiero á mi amante,
si á don Luis le tengo amor,
que importa que en lo esterior
esté el sentimiento mudo,
si queda dentro lo agudo
del dolor que me despecha:
¿y es esto romper la flecha,
pensando que la sacudo?

ESCENA XIII.

Doña Ana, y Juana con don Luis.

Juana.

Entrad, que aquí está. Si puedo *ap.*
he de llegar al balcon
en viéndolos divertidos,
y quitar la escala.

Don Luis.

Yo
confieso, que estoy turbado.

Doña Ana.

Señor don Luis, aunque vos
tendreis por atrevimiento

de una muger como yo
el tomar esta licencia,
quiero que aquí entre los dos
apuremos la verdad
de nuestras quejas, y que hoy
busquemos el desengaño
primero que la pasion,
conociendo que el remedio
le haga parecer dolor.

Don Luis.

Yo no sé, hermosa enemiga,
cómo has tenido valor
para escuchar á un quejoso,
que ha de buscar con su voz
la paciencia de tu oido
primero que la atencion.
Yo no sé.....

Doña Ana.

Señor don Luis,
aunque juzgais que el amor
me tiene ciega, conozco
de colores, y que hoy
pecan de muy claros esos
que adornan vuestro fervor:
ménos retórica busco,
y mas afecto.

Don Luis.

Yo estoy
tan lejos de ponderar,
que aun al decir mi pasion,
el dolor me ofende menos,
que el desaire del dolor;
porque ¿cómo he de deciros,
que al ver vuestra perfeccion,
la lisonja de la luz

se introdujo en el ardor,
y á pocos pasos del fuego
se fue aumentando la accion,
y la luz que me guiaba
en el humor se escondió?
¿Y cómo pasaré luego
á quejarme de que vos,
teniéndome de esta suerte,
permitais, siendo quien sois,
que un necio pueda decir,
que escuchais.....? Mas vive Dios,
que no estoy en lo que digo,
ni sé á qué título os doy
estas inútiles quejas.
Tenedme lástima vos,
que en pleytos de quejas, es
desdicha tener razon.

Juana.

Yo quito la escala ahora *ap.*
que están en fuga los dos.

Doña Ana.

¿Donde vas, Juana?

Juana.

Parece
que estaba abierto el balcon,
y le queria cerrar.

Doña Ana.

Ciérrale pues.

Juana.

No nació *ap.*
con dias mi embuste.

Doña Ana.

Cierto,
señor don Luis, que son
de calidad vuestros zelos,

que he tenido por mejor
despreciarlos por indignos
de mi oido y vuestra voz;
y acordándome tambien
de lo que hoy os sucedió
en el cuarto de mi hermano
á doña Isabel y á vos,
solamente he de deciros,
que si me pintasteis hoy,
muy falso y muy despejado,
vuestra libre condicion,
os quiero pintar la mia;
y así, pues entonces yo
os presté un rato el oido,
volvedmele ahora vos.
Yo, soy, don Luis, una dama,
que no conozco ese duende
del amor, sino es por fama;
y aunque no sé lo que enciende,
sé lo que alumbra su llama.
Porque con ojos atentos
he visto en otras paciencias
lo que pueden sus tormentos,
y de agenas esperiencias
compuse mis escarmientos.
Las voces que á su pasion
da un amante en un despecho,
ó en una ponderacion,
ya sé que salen del pecho
huyendo del corazon.
Con solo ajustar la mira,
desentraño sus cuidados,
y saco al que mas suspira
la verdad, de siete estados
debajo de la mentira.

De esto nace, que el gemido
con que llama el ciego dios
un amante enternecido,
se me entra por un oido
y se me sale por dos.
Mis ojos en la mitad
de este cuidado halagüeño,
que andan tras la libertad,
tratan con cariño al sueño,
y al llanto con sequedad.
Y así, esos tiernos gemidos,
y esas suaves violencias
guardad para otros oidos,
que yo tengo las potencias
delante de los sentidos.
Eso debe de ser bueno
para Isabeles; errado
viene, don Luis, el veneno;
porque acá dan el trenzado
á lo que allá dan el freno.
Gran socorro es lo piadoso
para una fea, que hallara
en amor mucho reposo,
si lo docil no llenara
los vacios de lo hermoso.
En ella, don Luis, haced
esas suertes, que impedida
en vuestra amorosa red,
será quitarla la vida;
hacérsela de merced;
que yo me hallo tan señora
de mi; que sin que este caso
me haga sacar por ahora
á la muerte de su paso,
pienso morirme á mi hora.

Porque al ver que está de Dios
el no querernos los dos,
en menos que ha que lo digo,
hice la cuenta conmigo,
y puedo vivir sin vos.

Don Luis.

Nada de cuanto decis
me ha causado admiracion,
porque nunca esperé mas
de mi dicha ni de vos.
Pero dejad que me admire,
dé que siendo como sois,
ó como os pintais.... ¿Qué escucho? (1)
¿señas en vuestro balcon?

Doña Ana

¿Juana, qué es esto?

Don Luis.

¡Qué bueno!
Juana, dí con turbacion,
como que á tu ama temes,
que estos son yerros de amor,
y que á tí te hace la seña.
¿No es esto asi?

Juana.

Yo, señor,
no sé nada. Este es don Cosme, *ap.*
temblando de miedo estoy.

Doña Ana.

Don Luis...

Don Luis.

No hay don Luis, doña Ana:
estos desengaños son
muy costosos, yo no tengo

(1) *Suena una seña en el balcon.*

para sufrirlos valor:
á Dios, á Dios.

Doña Ana.

Tente, espera,
que has de averiguarlo.

Don Luis.

¿Yo?
¿á qué propósito? Aparta.

Doña Ana.

No te has de ir.

Don Luis.

Si es prevencion,
porque no me vean salir
por eso mismo me voy.

Doña Ana.

Don Luis, el cielo me falte
si sé quien es, y es rigor...
¿Pero qué es esto? *Suena ruido.*

Don Luis.

Esto es ya
hacer fuerza en el balcon
para abrirle.

Juana.

¡Yo estoy muerta! *ap.*

Doña Ana.

¿Quién será? ¡Valgame Dios!

Don Luis.

Yo lo sabré de esta suerte.

Doña Ana.

Tente ¿donde vas?

Don Luis.

Ya estoy

---

resuelto á cumplir conmigo,
pues no he de cumplir con vos.

Juana.

Buena la hemos hecho. *ap.*

Don Luis.

Ahora

sabremos quien es. (1)

ESCENA XIV.

Dichos y Martin por el balcon.

Martin.

¿Señor

tú aquí? ¡Terrible desdicha!

Don Luis.

¿Qué es esto?

Martin.

¡Fuerte ocasion!

Don Luis.

¿Qué traes?

Martin.

Escondete aprisa.

Don Luis.

¿Cómo? ¿de quién?

Martin.

¿Qué sé yo?

de don Diego.

Doña Ana.

¿De mi hermano?

¿Pues dónde está?

Martin.

Hecho un Neron

queda en la calle.

Don Luis.

¿De qué?

---

(1) *Abre el balcon, y empuña.*

Martin.

De que ha visto en el balcon
la escala.

Doña Ana.

¿La qué?

Martin.

La escala.

Doña Ana.

¿Pues quién (¡sin aliento estoy!)
pudo atreverse?

Don Luis.

¿Esto mas?
Doña Ana, dí que es rigor
el no creerte.

Doña Ana.

Don Luis...

Don Luis.

Ya, ingrata, ya se acabó
don Luis. Prosigue, Martin,
sepa todo el lance yo,
para ver lo que he de hacer.

Martin.

Viniendo ahora los dos
de buscarte, despues que
fuí un rato su guardador
de espaldas en otro lance,
que diré en otra ocasion,
dió la vuelta hácia su casa,
por no haberte hallado, y vió
con los rayos de la luna,
pendiente de ese balcon
una escala: fué á la puerta
de la calle, y la encontró
abierta; quedó aturdido,
y el mismo ciego furor

le hizo discurrir entonces,
que si entrar por el balcon
resolvia, por la puerta
se le iria el agresor;
y si por la puerta entraba,
dejaba sin prevencion
la ventana, y asi quiso
que entrase por ella yo
á solo espantar la caza,
remitiendo á su valor
el guardar ambas salidas.
Mirad ahora los dos,
qué habeis de hacer, porque él queda
en la calle.

Doña Ana.

¡Muerta estoy!

Don Luis.

¡Fuerte empeño!

Juana.

En hora mala *ap.*
troqué la seña.

Martin.

Señor,
resolvamonos aprisa.

Don Luis.

Doña Ana, aunque está mi amor
por tan claras evidencias
desobligado de vos,
soy caballero, y está
obligado mi valor:
adentro os podeis entrar
que aquí retirado yo,
veré en lo que para el lance,
y os defenderé, que no

porque esté ahora sin gusto
estoy sin obligacion.

Doña Ana.

Don Luis, el cielo es testigo
de que yo sin culpa estoy.

Don Luis.

Bien está, no os detengais
en disculpas.

Doña Ana.

Pues á Dios,
que en esa cuadra estaré
viendo lo que pasa.

Don Luis.

Y yo
en esa de esotro lado.

Martin.

Y yo hácia la calle voy
á deslumbrar á don Diego.

Don Luis.

Buen pago dais á mi amor.

Doña Ana

Vos vereis el desengaño.

Don Luis.

¿Qué desengaño mayor?

Juana.

Aprisa, que siento pasos
allá fuera.

Doña Ana

A Dios.

Don Luis.

A Dios. (1)

---

(1) *Retiránse á los dos lados.*